

niña todavía , se encontraba ya sin amparo, sin amigos , sin humano consuelo, como desterrada de su patria , privada del apoyo de su padre, en medio de una corte extranjera, expuesta sin defensa á la insolencia y persecucion de los enemigos de Dios y suyos. Mas por aquí vino en mas cabal conocimiento de que su vida no debia ser sino una peregrinacion en este mundo deleznable: recurrió á Dios , y abriéndole su corazon en el silencio de la soledad, le confió todas sus angustias. Procuraba renunciar por entero su voluntad y unirla perfectamente con la voluntad de su Padre celestial, á quien suplicaba se dignase cumplir en ella esta voluntad adorable por cuantas pruebas fuesen de su soberano agrado. Y cuando de esta suerte recobraba á los piés del Crucifijo la paz y serenidad del corazon, corria á reunirse con sus criadas y con las niñas de los pobres, sus predilectas compañeras, y las acariciaba con mas cariño que nunca, lo cual por otro lado redoblaba, como era natural, la cólera y los sarcasmos de los cortesanos.

Al llegar á este punto de su narracion, uno de los historiadores la interrumpe y exclama:

«¡Oh amada santa Isabel! Yo venero tu
«virtuosa juventud y siento tus persecu-
«ciones y desprecios. ¡Ojalá que mis pri-
«meros años hubieran pasado con la san-
«tidad de los tuyos, y hubiera imitado tu
«paciencia en las contrariedades! Suplico-
«te, por tu dichosa puericia, que me alcan-
«ces el perdon de las malicias de la mia; y
«por tu heróica paciencia, el perdon de mis
«impaciencias y demás faltas ¹.»

CAPÍTULO IV.

*De cómo el jóven duque Luis permaneció fiel
ó santa Isabel y se desposó con ella.*

Laetare cum muliere adolescentiae tuae...
In amore eius delectare iugiter.

(Prov. v, 18, 29).

El Dios justo que habia acogido las oraciones y lágrimas de su hija Isabel, no tardó en premiar su paciencia y sumision. El jóven duque Luis era el único que no habia participado de las prevenciones de toda su corte contra ella, y á pesar de lo que todos maquinaban y querian, guardó caballerosa y cristiana fidelidad á aquella á

¹ P. Martin à Kochem, pag. 806.

quien desde la niñez miraba como su prometida, á quien amaba mas de día en día; y si bien por miramientos á su madre, tal vez consideraba prudente el guardar reserva sobre este punto, esta afeccion pura y santa no dejaba de echar profundas raíces en su enamorado pecho. Tan indiferente á los sarcasmos y exhortaciones de su madre, como á las sugerencias de los falsos amigos y á la voz de las pasiones, veía con admiracion y gozo la verdadera causa de las injurias del mundo contra Isabel, á saber: aquella extremada modestia, la aversion á la pompa en los vestidos, su piedad, su caridad acendrada; virtudes que, léjos de ofenderle como á los otros, le infundian un santo deseo de imitarlas aprendiéndolas de ella. Su capellan Bertoldo, que escribió la vida de este Príncipe, no duda que Dios por un movimiento secreto le inspiraba aquella inclinacion hácia la régia desterrada, puesto que el Duque manifestaba amarla, no solamente con humano y conyugal amor, sino como á una hermana en Jesucristo, y con afecto tan puro, cual si la mano del Altísimo le hubiera depositado en su alma. Los pérfidos consejos no lograban sino avivar su fidelidad y ternura hácia la

inocente extranjera, y cuanto mas los otros la odiaban por su piedad y virtudes, tanto mas se sentia él inclinado á defenderla y amarla; y no contento con esto, aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecian de poder, sin ofensa de su madre, ir á consolarla en secreto en sus momentos de abatimiento y tristeza. En esta soledad, sin mas testigo que Dios que ya habia bendecido union tan santa, se hablaban de su mútuo y discreto amor; y el Príncipe con persuasivas y tiernas palabras procuraba calmar las heridas que otros habian causado en aquella alma delicada y suave; lo cual hacia para Isabel de estas dulces relaciones un indecible y grande consuelo. Siempre que el Príncipe se ausentaba por algunos días, al pasar por pueblos donde habia tiendas de comercio, compraba cosas á su parecer preciosas ó raras para presentarlas á su prometida. Nunca volvía con las manos vacías: unas veces era un rosario de coral, otras un pequeño Crucifijo, una imagen de algun Santo, ó bien un cuchillito, un bolsillo, un par de guantes, alguna joya, cadenas ó alfileres de oro, cualquiera cosa en fin que Isabel no tuviera todavía, lo que el Duque le regalaba gozoso. Cuando

éste volvía de su expedición, Isabel se apresuraba á salirle al encuentro para saludarle, y entonces era cuando recibía de sus manos las cosas que éste le traía, según decimos, como prenda de su amor y una especie de recuerdo suyo durante la ausencia.

Una vez, sin embargo, el Duque vino sin nada porque no pudo separarse un momento de sus compañeros de viaje: Isabel se quedó sin el recuerdo de costumbre. Y como la injusta persecucion que sufría la había hecho un tanto desconfiada, sintió amargamente este olvido, cuyo disgusto dió, al momento que fue notado, gran placer á sus enemigos, los cuales lo atribuyeron, y aun se jactaron de ello, á un cambio en el corazón de Luis en el sentido que ellos apetecían. Habiéndose encontrado con el gran copero Gualtero de Varila, que fue el que la trajo de Hungría, á cuyo cuidado estaba especialmente encomendada la Princesita, y que no cesaba de combatir contra aquellas intrigas cortesanas, Isabel no pudo menos de descubrir su pecho á este antiguo y leal amigo. El caballero se mostró afectado al oír aquella confianza; dió palabra de hablar del caso á su señor, como

lo verificó en la ocasión primera que se le ofreció pronto con motivo de una partida de caza en las inmediaciones de Warthourg. Hallándose ambos sentados sobre la yerba en cierto bosque desde donde se veía á Inselberg, la mas elevada montaña de Turingia, Gualtero dijo al Duque: «¿Tendréis la bondad de contestarme á una pregunta que voy á dirigiros?» Y el buen Príncipe contestó: «Habla con toda libertad, y te diré cuanto quieras saber. — Pues bien, replicó Gualtero: ¿qué pensais hacer de la jóven Isabel que yo traje á vuestra corte? ¿Tomaréisla, en fin, por esposa, ó tratáis de desentenderos de vuestro compromiso y volverla á su padre?» El Duque entonces, poniéndose en pié y extendiendo el brazo hácia Inselberg, le respondió: «¿Veis esa montaña que se halla enfrente de nosotros? Pues bien: si se convirtiera en oro macizo desde la base á la cumbre y me la regalaran con la condicion de dejar á Isabel y volvérsela á su padre, nunca consentiera en tal cosa. Digan y piensen de ella los demás lo que quieran; yo esto te digo á tí, que la amo, y que en la tierra no amo ninguna cosa mas que á ella. Quiero ser suyo á toda costa: su virtud y pie-

«dad la hacen á mis ojos mas amable que
«todas las tierras y riquezas del mundo¹.—
«Os suplico me deis permiso, repuso Gual-
«tero, para referir esta conversacion á la
«Princesa.—Puedes hacerlo, y añadir que
«nunca daré oídos á ningun consejo contra
«ella y contra mi amor, en fe de lo cual le
«darás esto de mi parte.» Al concluir estas
palabras puso el Duque en manos de Gual-
tero, sacándolo de su limosnero, un espe-
jito montado en plata y de doble fondo,
que tenia detrás del cristal azogado una
imágen de Jesús crucificado². Corrió el ca-
ballero á dar tan alegres nuevas á Isabel y
entregarle el regalo del Duque: uno y otro
recibió Isabel con la sonrisa en los labios y
bañado el rostro de alegría; y despues de
haber dado afectuosas gracias á Gualtero
por los oficios de padre y amigo que le de-
bia, abrió el espejito, besó amorosamente
la imágen de Jesús y la apretó contra su
pecho.

¹ Etmüller, I, c. Theod. I, c. Berth. Mss. 42.
Cod. Heid. 7.

² Esta clase de espejos han estado en uso en
Alemania hasta estos últimos tiempos. Segun el
historiador Raumer, este que el Duque regalaba
á Isabel era de marfil, y habia venido de Oriente.
(*Hist. des Hohenstaufen*, t. V).

Estaba ya cerca el momento de que Luis
ocupara su lugar de cristiano y caballero,
y de que Isabel recibiera la recompensa de
su paciencia y el consuelo de sus terribles
pruebas. En 1218, dia de san Kilian, cum-
plidos los diez y ocho años, el Duque se
hizo armar caballero juntamente con otros
jóvenes de la nobleza en la iglesia de San
Jorge de Eisenach, habiendo bendecido las
espadas el Obispo de Naumbourg que vino
de propósito para el objeto, y sin la asis-
tencia de príncipes extranjeros, porque
Luis habia declarado que no queria obte-
ner la órden de caballero sino de Dios y de
sus vasallos. El siguiente año se empleó
parte en una guerra que hubo de sostener
contra el obispo Sigifredo de Mayenza, el
cual á consecuencia de algunos altercados
con el duque Hermann habia excomulgado
á su hijo; pero éste, entrándose sin mas
aviso por las tierras del Prelado, las taló
todas, así como las de sus allegados, y pu-
so á todos en el trance de pedirle la paz;
para cuyo efecto tuvo lugar en Fulda, en
el dia de san Bonifacio de 1219, una con-
ferencia, en la cual fue el Landgrave so-
lemnemente absuelto de las censuras, y pa-
ró todo en una reconciliacion completa. Al

volver de esta primera campaña Luis manifestó públicamente la intencion de casarse con Isabel, y al propio tiempo impuso silencio á todas las injurias é invectivas de que hasta entonces habia sido víctima, no habiendo ya quien en adelante osara oponerse á una voluntad tan decidida, y siendo impotente la astucia de los hombres para separar por mas tiempo dos almas que en sus eternos consejos ya tenia Dios unidas. Admirad, dice su historiador; admirad cómo este afortunado jóven y casto esposo se casa sin tomar en cuenta los impíos consejos ni la sed del oro, sabiendo que una buena esposa es la *buena parte* que Dios tiene prometida al que hace bien en la tierra!

La boda se celebró con gran ostentacion en 1220 en el castillo de Wartbourg, con asistencia de multitud de convidados, entre los que se hallaban todos los condes de Hesse y Turingia, vasallos del Duque, y muchísimos caballeros y escuderos, á todos los cuales sin excepcion hizo el Duque alojar á expensas propias en la ciudad de Eisenach. Los señores todos, de comun acuerdo, designaron para tener el honor de conducir á la desposada á la iglesia, al con-

de Meinhard de Muhlberg y al señor de Varila, los dos que nueve años antes habian ido á buscarla á Hungria y que en cierto modo iban ahora á poner el sello á su expedicion y completarla; la desposada iba además acompañada por todas las señoras y doncellas nobles del país. Nada dicen los cronistas acerca de los sentimientos que animaban á toda esta comitiva de nobles y grandes en presencia del triunfo de aquella que por tanto tiempo habia sido el blanco de sus desaires y persecuciones; pero en cambio se hacen lenguas celebrando la música del convite, el lujo de fiestas y bailes, y el brillante y lucido torneo que duró tres dias y en el que justaron muchos jóvenes de la nobleza. Pasados los tres dias de fiestas, los señores y damas tomaron sucesivamente el camino de sus respectivas tierras y castillos, y el método ordinario de vida comenzó á reinar de nuevo en la vasta mansion de Wartbourg. Los dos jóvenes esposos se pertenecian ya para siempre mutuamente. Luis tenia veinte años, Isabel trece; ambos inocentes de corazon, mas todavía que por su edad tierna; ambos unidos por el espíritu y la fe, mas aun que por los lazos de la carne, se amaron en Dios

con increíble é imponderable afecto, y por eso los santos Angeles habitaban al rededor de ellos ¹.

CAPÍTULO V.

Como el duque Luis, marido de santa Isabel, era agradable á Dios y á los hombres.

Erat vir ille simplex el rectus, ac
timens Deum, et recedens á malo.
(Job. 1, 1).

El esposo que la misericordia de Dios habia destinado á su piadosa sierva, y al cual ésta amaba con ternura tan profunda y reservada á la vez, era seguramente digno de ella y de su amor. Todos los historiadores de Turingia y de nuestra Santa hacen acor-

¹ Theod. I, 8. Bert. Mss. 44, *Passional*, 59. Algunos autores, y en especial los manuscritos de Heidelberg, refieren que no sin grande resistencia se resolvió por fin Isabel á casarse; que deseaba consagrar su virginidad al Señor, y que fue menester para reducirla el que muchos sábios sacerdotes la convenciesen de que no podia ella romper el compromiso contraido por su padre. Esta version la contradicen la mayor parte de los autores mas verídicos y mas cercanos á los sucesos. Hasta mas adelante no manifestó Isabel á su confesor ideas de esta naturaleza.

des de él un retrato el mas lisonjero y simpático: y, exceptuando á su glorioso homónimo san Luis de Francia, la historia de aquel siglo no presenta otro príncipe que en tan tiernos años haya reunido en grado tan alto las virtudes del soberano y del cristiano.

Saltaba á la vista de todos en lo exterior de su persona la pureza y nobleza del alma. Pregonaba la fama entre los contemporáneos su varonil hermosura: alaban todos los autores la perfecta proporcion de su estatura, la fresca de su tez, su rubia y luenga cabellera, la serena y benévola expresion de su semblante. Creian muchos ver en este Príncipe una pasmosa semejanza con el retrato que del Hijo de Dios, hecho hombre, habia conservado la tradicion. Nadie podia verle sin amarle; tal era el irresistible encanto de su sonrisa, la nobleza y dignidad de su continente, la extremada dulzura de su voz. Desde sus primeros años se distinguió por una pureza de alma y cuerpo tan cuidadosamente conservada que nunca sufrió la mancha mas ligera. Modesto y púdico como una niña, á cada paso teñia sus mejillas el carmin del pudor; en las palabras guardaba siempre